



El rito de los jardines.

MUY á menudo, en las deliciosas mañanas de este invierno asoleado y tibio, voy á sentarme á la sombra de un árbol para leer ó para soñar. Las amigas y los amigos á quienes les digo que tales son mis más dulces instantes, exclaman:

—¡Será en Palermo!

Y cuando les explico que es en cualquier jardincillo del centro, en la plaza de Mayo lo mismo que en la plaza del Congreso, al pie de la horrible gruta de la Constitución como junto á la fuente de Venus, todos y todas se ríen de mí. Sin quererlo, en efecto, soy, en la inmensa ciudad de Buenos Aires, entre la gente de mi medio, un sér singular, casi un excéntrico, sólo porque me complaz-

co en tomar asiento en un banco plebeyo, entre emigrantes recién llegados y niñeras de casas modestas. La primera vez que me di cuenta de ello fué una mañana, al salir del Museo de Bellas Artes en compañía de una dama elegante y de su esposo. Cansados de las largas estaciones ante los lienzos interesantes, íbamos en busca de la calle Florida, á través de las enramadas del *square* San Martín. De pronto, al pasar junto á un ombú cuya sombra convidaba al reposo, propuse á mis amigos que nos sentáramos en un escaño humilde y propicio.

—¡Está usted loco!—exclamó la dama.

Creyendo que su protesta obedecía á la idea de que el árbol de Santos Vega nos acarreará desgracias, indiqué otro sitio menos peligroso.

Entonces mi amiga me dijo:

—Aquí no puede uno sentarse en cualquier parte... Fuera de Palermo, no verá usted señoras en los bancos municipales...

—¿Por qué?—preguntéle.

—Porque sí—me contestó.

Y como yo ya sé que cuando una mujer pronuncia esta frase no hay que continuar

las encuestas, hablamos de otras cosas. Pero luego el «porque sí» aquel ha vuelto á mi memoria cada vez que, al sentarme bajo una copa ya teñida de oro, noto que á mi alrededor no hay una sola persona que tenga aspecto de buscar en estos exquisitos rinconcillos de frescura el placer desinteresado y elegante de la meditación. Todos mis vecinos, en efecto, son pobres seres que ó no saben adónde ir ó se reposan después de largas marchas penosas. Muchos de ellos parecen emigrantes recién llegados. Ninguno pertenece á lo que se llama la sociedad argentina.

*

¡Cuánto mejor estarían, no obstante, en estos diminutos paraísos, los señoritos que charlan en las esquinas de Florida!

Que en Madrid se amontonen los desocupados aristocráticos en las calles, al amparo de los portales, se comprende, porque Madrid carece de jardines céntricos. Pero Buenos Aires, que posee boscajes encantadores á cada paso; Buenos Aires, que, según las estadísticas, tiene más árboles que París; la Buenos Aires congestionada de gente, en fin,

debiera buscar entre sus enramadas lo que en sus vías céntricas no encuentra. Porque si hay algo encantador en la gran ciudad es la abundancia de sus plazas sombreadas por bellas frondas y alegradas á veces por claras fuentes.

«Vosotros, los que pasáis por ahí febriles—parecen decir los jardincillos—; vosotros, los que tenéis que vivir en la atmósfera de los Bancos y de las oficinas; vosotros, los que lleváis la frente contraída y los labios crispados por la ambición y el placer, venid aquí para recobrar la suavidad, la dulzura y la alegría de vivir.»

Pero nadie oye la voz de las enramadas modestas. El que tiene deseos de respirar, toma un coche y se va hasta Palermo.

*

—En el centro—he oído decir á muchos— todo es feo, hasta los jardines, poblados de estatuas de mal gusto y rodeados de rasca-cielos presuntuosos.

Lo de la fealdad de Buenos Aires es uno de los temas más socorridos de discusiones. ¿Es realmente feo esto?... ¿Es más feo que

tal otra capital?... ¿Es menos feo que la famosa metrópoli de tal país?...

Los argentinos que han viajado (1), y que, por lo tanto, debieran ser los mejor inspirados en este asunto, son los que con mayor frecuencia declaran á su gran ciudad indigna de toda admiración estética.

—Es horrible—exclaman.

Y puede que, desde un punto de vista artístico puro, estén en lo cierto. Buenos Aires, comparado con Siena, con Toledo, con Damasco, es fea. Pero ¿qué capital moderna no lo es? Hoy mismo, en un estudio de Macel Prevost sobre la fealdad del mun-

(1) He aquí algunas líneas de un artículo reciente de *La Nación*, de Buenos Aires, sobre este tema:

«Quedan en pie, es verdad, las quejas de los que viajan, saturan su espíritu en ambientes superiores, saben de la obra civilizadora de los siglos, actuante en la vida y presente en los museos, y hallan que Buenos Aires es todavía un tanto aburrida, como Berlín para su Monarca; un tanto aldeana, si se quiere, y en exceso falta de satisfacciones reales y continuadas para el espíritu. Por todo lo que le falta y ha de tener en quince años, cuando su población sea bastante mayor que la del París actual; por todo eso, precisamente, es que Buenos Aires continúa siendo la vieja y querida ciudad porteña, sin que ello quiera decir que, bajo ciertos aspectos, como el intelectual, por ejemplo, y como el que se refiere á las expansiones de su grande alma, la transformación no ofrezca en realidad más de un motivo de tristeza y de meditación. Entretanto, tenemos un millón y medio de habitantes puestos á la tarea de engrandecer y perfeccionar á la gran capital del Sur.»

do, leo las líneas siguientes, que me parecen dignas de que los porteños descontentadizos las mediten:

«¿Existirá algo de providencial que impide que los arquitectos modernos realicen nada bello, nada comparable á lo que vemos en ciudades viejas, como Praga ó Edimburgo? Eruditos y enriquecidos con la experiencia de los siglos, ¿por qué esos artistas no levantan sino barrios horribles en todas partes del mundo?... En todas partes, sí, y París, por fortuna para nuestro amor propio, no es único en este sentido. La arquitectura germánica causa pesadillas, y la inglesa es insignificante. En el resto del globo todo es alemán ó francés; ved Roma ó Madrid modernos. Y toda la arquitectura nueva resulta confusa, disparatada, incapaz de sugerir ideas de estilo, con una especie de grosería pesada que parece sistemática. ¿Por qué esos domos que salen de un techo vulgar?... ¿Por qué esas fachadas ventrudas?... ¿Qué significan esos motivos decorativos?... La gente que ha imaginado, aceptado y pagado tales monstruosidades debe sufrir de la vista. O si no, hay que aceptar la idea

»de que la ciudad moderna tiene que ser, »por una ley de fatalidad ineludible, fea, »muy fea.»

Una vez este principio aceptado—y yo, que adoro el viejo Oriente, lo acepto desde luego—, hay que proceder por comparaciones para juzgar á Buenos Aires. ¿Es Buenos Aires más fea que las capitales modernas en general?... ¿Es Buenos Aires más fea que Munich, que Berlín, que Nueva York, que Barcelona, que Milán?... No, en mi alma.

Y justamente lo que salva á la metrópoli del Plata de su mayor pecado, que es el de la monotonía y el de la falta de perspectivas, son sus innumerables y deliciosos *squares*, creados, según parece, en tan poco tiempo que más parecen obras mágicas que labores municipales.

De los jardines modestos hablo: de los que están metidos entre las calles de negocios, de los que tienen que limitarse á un espacio que no permite grandes ramilletes de árboles...

Yo creo conocerlos todos. Y todos me gustan, todos me inspiran cariño, á todos les debo algunas horas de suaves meditaciones y de claros ensueños. Pero hay uno entre todos, uno que no es ni el más bello, ni el más poético y que, sin embargo, ha sido para mí un verdadero gabinete de trabajo, del cual guardaré durante mi vida entera recuerdos nostálgicos. Me refiero al de la plaza del Congreso, en cuyo centro «El pensador», de Rodin, da á Buenos Aires la lección que más necesitan las capitales cuando han llegado al apogeo de la riqueza: la lección de la calma, de las reflexiones tranquilas, de la voluntad ponderada. ¡Ah, divina figura desnuda, cuántas veces, en mis largos reposorios ante tu gesto, he pensado en lo que será esta tierra fogosa cuando, habiendo comprendido lo que dice tu silencio, sepa detenerse un punto en su vertiginosa carrera de progresos materiales para inmovilizarse en una postura cual la tuya!

*

¿Qué le falta hoy á Buenos Aires para ser una verdadera hermana de París? Lo que

puede comprarse con oro lo tiene ya. Y tiene, además, lo que el esfuerzo, guiado por la inteligencia y por la ciencia, logra crear en pocos lustros. Y tiene más, pues tiene lo que el milagro da: la elegancia, la gracia, el sentido de lo noble y de lo bello. Sólo una cosa le hace falta, y es la vida espiritual, esa vida, algo lenta en apariencia; esa vida, sin un fin positivo, sin un interés inmediato, hecha de renunciamentos, de silencio, de sacrificio y de pensamiento; esa vida, que está más llena de sutilezas y de refinamientos interiores que de fuerza productora y de genio creador; esa vida, que es el patrimonio de los pueblos viejos, en fin, y que quizás sea lo único que indica la verdadera civilización. Cuando los argentinos oyen hablar de esto suelen creer que lo que se les niega es cultura general y alma creadora de arte. Pero no es cierto. Negar la cultura admirable de un pueblo que tiene esta Prensa, y estas Universidades, y esta *élite*, y que es la patria de Zonza Briano, de Larreta, de Lugones, de Parravicini, de Irurtia, de Murature, de Jorge Mitre, de José Ingegnieros, de Cantilo, de muchos otros que con igual desinterés y con igual ardor cultivan la belleza ó las ideas, es come-

ter una injusticia. El mismo Pierre Baudin dice:

«Así, á la cabeza del país, se descubre una »sociedad muy avanzada, muy culta, de elevado gusto.»

Mas no es á esto á lo que nos referimos los que hablamos de falta de vida espiritual, sino á una corriente misteriosa que, en las sociedades viejas, hace florecer las diputas bizantinas y las invenciones alejandrinas (1), á algo que inspira madrigales sin que la gente sonría, á un estado de ánimo que no puede crearse sino cuando algunas generaciones de desocupados han adquirido el hábito de meditar.

*

Ahora bien, tales generaciones no saldrán de la vida de las calles céntricas y del vértigo de la existencia activa. Es demasiado

(1) «El argentino desconoce el deseo del perfeccionamiento espiritual, y por ello no se afana en su autoeducación. La Ciencia, la Literatura, el Arte, el don de gentes, ¡hasta las virtudes!, son cosas que sólo cultiva como medios excelentes para llegar. Aquí no se comprende que un hombre dedique su vida al estudio por el simple fin de saber. Escribir... es conveniente; ayuda mucho para actuar en política; pero escribir por escribir, ¡qué estupidez! El vulgo ilustrado tiene una frase despreciativa para el que tal hace: »Le da por la Literatura.»—(Manual Gálvez.)

tentadora la fiebre del oro para que puedan crearse jamás ermitaños de Florida ó de Esmeralda. Esas generaciones serán las de los jardines, las que vengan á sentarse ante «El pensador», de Rodin, y sean capaces de desdén á los que, á cien pasos, negocian, se enriquecen, compran los placeres que están de venta y viven cual en una loca llama. Sí; yo espero una *élite* futura que, recogiendo bajo los árboles de los *squares* urbanos los reflejos y los matices del mundo, formará pronto una fibra de ideal y hasta de bohemia en el corazón cartaginés de la ciudad.

El símbolo de Academos no es un mito vano. Discurriendo entre flores es como se forma la atmósfera espiritual de un pueblo. Los atenienses tenían, para inspirarse, la impasible lección de Pallas, erguido entre los olivos de los Propileos; los porteños poseen, en el bronce de la plaza del Congreso, al Apolo moderno, que no tiene ya, ¡ay!, la serena armonía del de Grecia; pero que, con su rostro atormentado por todas las dudas y todas las preocupaciones, encarna admirablemente la espiritualidad moderna.

¡ Divino «Pensador», bendito seas, tú, que, haciendo el único gesto que aun no era aquí familiar, has convertido tu pedestal en un altar de ritos ideales, gracias á los cuales la metrópoli argentina se salvará del peligro del oro!



Un gran escultor.

EL prefecto de Policía de París hizo, sin quererlo, un gran favor al prestigio de la América latina en el año de gracia 1911. Hasta entonces, en Europa, nadie había notado que existieran artistas sudamericanos. Gracias al prefecto de Policía, hoy ya lo saben. Saben que hay un tal Zonza Briano, cuyas obras merecen ser colocadas junto á las de los más grandes escultores contemporáneos y aun de todos los tiempos.

«Este grupo monumental que se titula »*Croissez et multipliez* (1)—dijo M. Lépine al visitar la Exposición de Bellas Artes de aquel año—es inmoral.»

(1) Ahora se encuentra en el interesante Museo de Bellas Artes, de Buenos Aires, y ahí acabo de admirarlo de nuevo; es la más bella joya de la galería porteña.